REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, DOMINGO 15 DE FEBRERO DE 1920 | Nº 13

Don Benito

Un día del pasado enero, un cable de París dijo: «El célebre novelista Pérez Galdós, ha muerto».

Con el mismo tranquilo laconismo, quizá con un número mayor de palabras, anunció más tarde la muerte de la esposa de un diplomático como hay muchos, cuyo único mérito estribó probablemente en saludar con aires de reina y en recibir en sus salones con amabilidad también real a todo el mundo.

Después, cada uno de nuestros diarios le concedió un pequeño espacio a la noticia, y comentaron con su indiferencia de comerciantes la desaparición de tan majestuosa inteligencia.

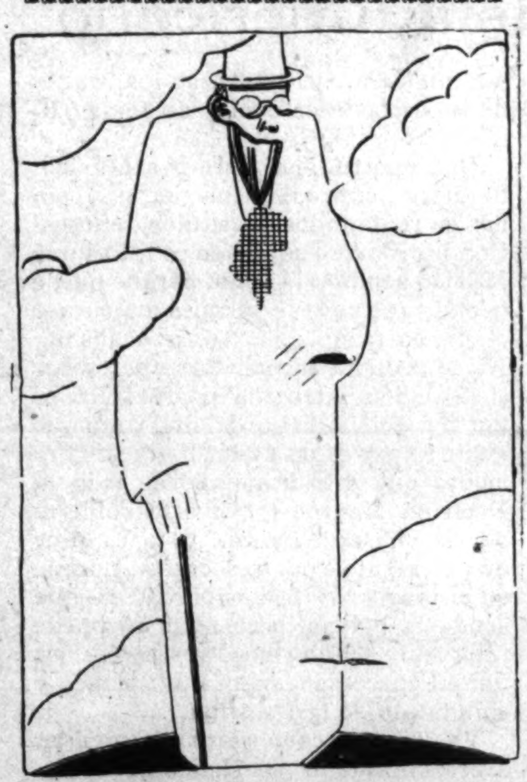
Por ahí alguien, talvez un incondicional admirador de Benavente, escribió así: «Sus obras podrían figurar al lado de las de Valera y de Alarcón». Y más adelante añade que también hizo obra para teatro, pero que en este arte no descolló.

Al leer tales líneas, busqué el olvido de tan vacía opinión en las páginas de Pérez de Ayala a propósito de la representación de Sor Simona, drama de Galdós: y experimenté con ello profunda alegría, porque sentí que Pérez de Ayala ama la obra galdosiana como la amo yo, y porque es éste un alto crítico en cuya labor se encuentran aquellas tres posturas que el hombre serio de verdad toma para juzgar la falta de seriedad de los demás hombres. (*)

Yo no sé de la vida íntima de don Benito, nada más que en sus últimos años estuvo ciego, y de una su hija llamada Ilanda: eso es todo. Pero amo su labor profundamente, y a ratos me ha parecido tan grande como Shakespeare. Lo mismo que el poeta inglés, manejó con sabiduría el egoísmo humano en nobles y plebeyos, en espíritus simples y espíritus altos. La doliente Gloria parece hecha para sobrevivir al siglo en la que viera la luz y quizá perdure tanto como Desdemona u Ofelia, y doña Perfecta alcance la edad de lady Macbeth. «El Abuelo» creeríase forjado en el mismo taller en que otro cerebro trabajó «El Rey Lear».

(*) Véase el artículo de este autor: «Las Máscaras», que se publicará en el próximo número.

Imagino que a este don Benito le fué otorgado el don que yo habría pedido para mí a un genio o a una hada, si genios y hadas no fuesen una hermosa mentira y si uno de ellos se hubiese dignado ofrecerme sus poderes: yo lo habría desdeñado todo por la propiedad de internarme a mi antojo en los seres que eligiese: ser por la mañana mendigo y en la noche emperador; vivir hoy dentro de la bella mujer que se recrea ante el remanso que hace la luz en su espejo y mañana en la desteñida muchacha que pasea sus ojos hambrientos de ilusión por las calles; sentir como el hombre colmado de honores y el presidiario; ser esta semana una mujer perdida y la otra una santa; ser gusano, nube, agua estancada, flor... Y ante sus libros alineados en el estante, comprendo que este don maravilloso les es concedido a veces a los hombres. Para escribirlos, Pérez Galdós se diluyó dentro de la humanidad, contempló de cerca su inconsciencia y su misterio.



Pérez Galdós

(*Visto por* BAGARIA).

Nunca he hallado un novelista cuyo método para tirar de las cuerdas que mueven a sus personajes, me haga la impresión del de éste, que se me antoja idéntico al de las divinidades que tiran de las que nos manejan a nosotros los humanos. No hay aquí el pirronismo de Anatole, ni la helada sonrisa irónica de Eca de Queiroz. Uno lo imagina sacando sus figuras de la realidad—como quien dice sacándolas de la nada—y moviéndolas con la misma plácida seriedad en el rostro, que había en el de Jehová cuando sopló en la pelotita de arcilla para que Adán fuese sobre el haz de la tierra.

Hay pasajes en donde uno se detiene para preguntarse: ¿es ironía, es sátira, es humorismo lo que hay aquí? No, no es nada de ésto: ¡es tan tibio para que sea ironía! ¡Es tan piadoso para que sea sátira! ¡Es tan grave para que sea humorismo! Y uno acaba por responderse: Es la misma amorosa indiferencia con que Dios trata a sus hijos.

Valera y Alarcón están (para mí) entre aquellos creadores de caracteres que hacen exclamar a menudo a sus lectores:—Admirable! Es lo mismo que pasa en estos mundos! Así es con esas flores artificiales muy bien imitadas, las cuales obligan a prorrumpir a quien las contempla en exclamaciones:—Oh! habría jurado que son naturales! Si hasta perfume tienen!

En Galdós no se necesitan interjecciones ni juramentos, porque es como estar en un punto *civilizado* del planeta. Es tan humano lo que acontece en sus libros que uno olvida que lee y cree sencillamente estar viviendo.

Su naturalismo no es el de la escuela de Zola: es el de la naturaleza para la cual no existen escuelas.

***

Al alcance de mi mano están sus libros.

Mi pensamiento pone el oído y se extasía con el murmullo de vida que sale de ellos: es Marianela que canta, Gloria que solloza, Fortunata la pecadora sin malicia, en conversación familiar con la hostia de la custodia; es la dulce ingenuidad de Jacinta, el epicurismo de mala ley de Juanito Santa Cruz, el estúpido egoísmo de los de Tellería, la tristeza y la honradez de León Roch, la inutilidad de Rai-

mundo, aquel pasmoso talento improductivo de la familia Bueno de Guzmán: la ordinaria tragedia del abuelo en «Miau», la misericordia inmensa del cándido corazón de Benigna... ¿A qué tratar de repetir los nombres de cada uno de los hombres y mujeres que pueblan sus obras, si las hay que parecen ciudades? Hombres y mujeres que fluctuan entre el vicio y la virtud, que ríen y lloran como sólo las criaturas de Nuestro Señor saben hacerlo!

Luego estos rumores se ahogan en el estampido del cañón, toques de clarín, lamentos de moribundos e imprecaciones de los héroes de los «Episodios Nacionales» que nada tienen que envidiar a los de Homero. Es Trafalgar: Churruca que se desangra, el Santísima Trinidad que se hunde; Zaragoza, Palafox, Godoy, la reina María Luisa con su alma perversa de manola, como si hubiese abandonado el lienzo de Goya para venir a pasear su desenfreno por estas páginas; Bailén, El 2 de mayo, El Empecinado, Los Arapiles, Carlos IV, Fernando VII....

Qué amalgama de astros, nieve, lodo y sangre! Por todas partes serpientes que se arrastran y águilas que emprenden el vuelo!

Y entre tanto horror, el suave encanto de Inesilla hace pensar en la luna nueva sobre el cielo que cubre un campo de batalla; y el candoroso heroísmo de Gabrielillo, en el gorjeo del gorrión que se posa en la boca del cañón vigilante en lo alto de la torre de una fortaleza.

CARMEN LIRA

Febrero de 1920.

Un punto de vista americano

HAY en los Estados Unidos, como en toda tierra en donde respira el hombre, conciencias rectas que ponen la justicia por sobre toda otra consideración. Una de esas conciencias vive en un ciudadano americano, corresponsal de *The World*, de quien infortunadamente no conocemos sino las iniciales: firma H. G. S., en Detroit, el 8 de Setiembre una carta que titula «Las Reservas y Méjico».

Aplica el calificativo *Reservas*, a las que pidieron algunos Senadores Republicanos de los Estados Unidos para que la Doctrina Monroe, reconocida en la Liga de las Naciones, fuese más explícita y más coercitivamente definida en contra de las Repúblicas Latinas de América.

Con ese motivo, el corresponsal de *The World*, americano y todo, adopta el mismo punto de vista que asumimos nosotros días ha, que publicó *Colombia* y que no quisieron contemplar ni el Gobierno ni el Congreso de nuestra patria. En este caso resulta que el yankee vela mejor por los intereses colombianos—idénticos a los mexicanos—que muchos y muy distinguidos compatriotas. Dice, entre otras cosas, éstas:

«Me he interesado especialmente en la cuarta *Reserva* (la relativa a la Doctrina Monroe) cuyo verdadero título, me parece, debía de ser: *El rapto de México*. La Doctrina Monroe fué formulada con un propósito definido; pero ahora resulta que si nos adherimos a la Liga, el problema de si tal o cual cuestión cae o no bajo el control de esa Doctrina, es asunto que debe decidirse únicamente por los Estados Unidos. Esto se parece a algunas de nuestras famosas cartas de privilegio, expedidas en tiempos pasados, con las cuales una Corporación podía hacer lo que quisiera, sin traspasar los límites de las cartas—las cuales no tenían límites—.

Qué oportunidad para ir a México, limpiarlo, expropiar sus tierras y poner en regla todos sus títulos dudosos! Con las *Reserva* adoptada es inútil que México acuda a la Liga, porque puede ocurrir que no se le permita ampararse a ella, en razón de la *Reserva* misma. No se necesita incomodarse por saber si la acción intentada por México es tan clara como la luz del día, y aunque nadie lo ponga en duda, basta simplemente que digamos que cae bajo la Doctrina Monroe y que está cubierta por la cuarta *Reserva*. Esto es peor que el monte con tres cartas, porque en el juego hay la posibilidad de que acuda la policía, pero aquí no puede intervenir porque nosotros somos los únicos jueces en cuanto al alcance y significado de la Doctrina...

Ya podemos comenzar a comprender las razones de los sentimientos de Carranza contra los americanos, y por qué el peón mexicano empieza a dar indicios de odio contra este país. No podríamos asegurar que estén ciegos».

Ojalá el Ejecutivo colombiano, autorizado por el Congreso para adherirse a la Liga de las Naciones, antes de hacerlo medite estas opiniones de un hijo de los Estados Unidos, y especialmente estas palabras, casi idénticas a las que nosotros habíamos escrito: «Con la Reserva adoptada (y aun sin la *Reserva:* basta con el Art. 21 de la Liga) es inútil que México (o cualquier república hispanoamericana) acuda a la Liga, porque puede ocurrir que no se le permita ampararse a ella, en razón de la Reserva misma o del artículo 21».

C. E. RESTREPO

(*Colombia*. Medellín).

Cloto, Láquesis, Atropos y el Viajero

¡Hilanderas, hilanderas,
que tejéis el blanco lino
de los campos del Señor!
¡Viejecitas hechiceras,
hilad siempre los destinos
de los hombres, con amor!

¡Vuestras manos sean ligeras
al torcer el débil hilo
del vivir!
¡Aprestad vuestras tijeras
y que corten con buen filo
mi existencia, al concluir!

Cloto, *la primera parca*
sin dejar de hilar contesta
desde su silla de plata:
«Tengo el copo entre las manos;
de aquí sale toda vida
que ha de ser.
El Señor de los Arcanos
me da la hebra bendecida
a tejer!
Y los hilos van saliendo
de mis manos, desiguales,
unos flacos, otros fuertes...!
Mi deber es ir tejiendo
y si salen desiguales
¡oh mortales! ¡es la suerte!»

Láquesis, *la otra hermana*
desde su silla de oro,
dulcemente, así le habla:
«Le doy vueltas a mi rueca
donde el hilo se hace fuerte
y resistente!
Acaricio con mi seca
mano, el hilo del viviente
que no advierte
al salir de entre mis manos,
lo perfecto de la trama
bien urdida!
¡Yo les doy a los humanos
todo el largo qué reclama
el empleo de sus vidas!»

Y Atropos *la más blanca*
cuya silla es de diamante,
le dice con voz cascada:
«Recogiendo en un ovillo
los hilos que se han hilado,
vivo yo.
Mi trabajo es tan sencillo
que aunque ciega me he quedado
lo hago yo.
Mis dos hermanas ligeras
me avisan cuando terminan
una existencia de hilar,
y yo cojo mis tijeras
que nunca se desafilan,
porque ha llegado el momento de cortar!

«Y aunque me tiembla la mano
no puedo hacer otra cosa!...
El Señor
destinó a mi débil mano
esta misión tan piadosa
de su amor!»

El Viajero así les habla,
al partir de su palacio
de la luna, donde se halla:
«¡Hilanderas, hilanderas,
proseguid vuestra tarea
sin cesar!
Que en vuestras manos ligeras
mi vida, de seda, sea
no difícil de cortar!
¡Hilanderas, hilanderas
que se cumpla mi destino!...
¡Aún os falta mucho lino
por hilar!»

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, 1920.

Paul Deschanel

Los partidarios del sufragio indirecto o sea de un colegio electoral para designar al Presidente de la República hemos tenido una prueba más, muy brillante por cierto, de la eficacia del sistema, con la reciente elección verificada en Francia.

Georges Clemenceau es un octogenario lleno de gloria y de energía. Después de un largo pasado en que su figura se destacaba en primera línea entre los más hábiles polemistas del Parlamento, el Ministro de la Guerra de los últimos tiempos, el infatigable defensor de la patria, se ha labrado un pedestal que el mismo Gambetta le habría envidiado. Pero Clemenceau es demasiado fogoso a pesar de su ancianidad, y su alma apasionada tiene aún visibles preferencias por el combate para que el papel de Presidente, dentro del régimen parlamentario, pudiera recortársele a su medida. Por esta razón seguramente fracasó esta candidatura. Clemenceau guardará el título de «Pere la Victoire», que le dieron en el frente y su muerte será un simple tránsito para su definitiva apoteosis en el Panteón.

Podía temerse una elección de compromiso en la que resalta la envidia de las democracias, elevar al solio a un personaje insignificante, de esos que no inspiran ni amor ni odio y que en su mediocridad poseen algunas cualidades decorativas, pero el momento histórico tiene gran importancia para la nación que fué la víctima principal de la magna guerra, inmolada en legítima defensa y en pugna por las libertades del mundo.

Con un tino admirable, el Congreso de Versalles resolvió el 17 de enero próximo pasado el arduo problema, coronando la carrera de Paul Deschanel, el hombre más adecuado para el alto puesto, uno de los más gallardos *príncipes* de la moderna democracia.

Su padre, Emilio Deschanel, vivía dedicado por entero al culto de las letras y enaltecía una de las cátedras universitarias. Pero a la hora del naufragio de las libertades políticas, al iniciarse el segundo imperio napoleónico, el profesor se irguió como altivo ciudadano y tuvo la honra de marchar al destierro con Víctor Hugo, Edgard Quinet y algunos más que se establecieron en Bruselas.

Muchos años después, derrumbado el imperio, pasada la crisis de la guerra, la República devolvió a Deschanel su cátedra de literatura superior en el Colegio de Francia y su nombre figuró entre los senadores vitalicios.

Paul nació en Bruselas en 1856 y el gran poeta proscrito, amigo de su padre, fue su padrino de bautismo. Su educación esmerada correspondió a esta solemne iniciación en la vida. Muy joven obtuvo los diplomas de Licenciado en derecho y en letras y su dicción impecable obtenía en las academias de estudiantes y en las reuniones mundanas muy legítima consagración.



Paul Deschanel

Por su madre, de nacionalidad inglesa, ha heredado quizás esa escrupulosa necesidad de corrección en el lenguaje, en las maneras y en el vestir.

De los políticos ingleses tiene también dentro de los remolinos de ideas y de intrigas que originan frecuentemente el caos parlamentario, algo que lo ha caracterizado desde los primeros pasos en la vida pública: elevación de miras, ideal patriótico que prevalece sobre los derroteros de ambiciones transitorias, *esprit de suite*, lógica en las tesis defendidas, consecuencia consigo mismo, firmeza en la conducta, disfrazada apenas por la cortesía con que acoge y trata a sus más radicales adversarios.

Su primer puesto fué el de subprefecto de una pequeña localidad, algo como una pasantía administrativa, más tarde se le nombra secretario de un Ministro y en 1885 tiene la honra de tener ese mismo puesto con Jules Simon, el grave pensador, a su paso por un gabinete.

El Departamento de Eure et Loire acoge el nombre del funcionario para una diputación y abre así su verdadera carrera. Nogent-le-Rotrou es la circunscripción que después con fidelidad memorable le ha dado constantemente sus credenciales para el Palacio Borbón.

Durante dos años desempeña junto con su colega Poincaré, la Vicepresidencia de la Cámara de diputados y en 1898 obtiene en reñida batalla contra Mr. Brisson, jefe del partido radical, la presidencia de la Asamblea, que ha desempeñado casi sin interrupción, por espacio de veinte años. Anualmente, como entre nosotros, se renueva el Directorio de la Cámara y es un timbre de honor para Deschanel, que en aquella atmósfera caldeada de pasiones, los votos de la mayoría, constantemente acrecentada, hasta este mismo año, en que obtuvo la casi totalidad de los sufragios, lo hayan designado para el sillón presidencial. Su elección para la primera magistratura del Estado ha sido pues un ascenso perfectamente merecido y así lo prueba la coalición de voluntades de los más opuestos partidos y tendencias que le dieron la victoria.

Permítasenos analizar sumariamente algunos de los rasgos esenciales de esta carrera excepcional. Desde que Deschanel se presenta en el Parlamento, parece obedecer a una consigna: combate las ideas, no a los hombres, desdeña las querellas de partido, participa en los grandes debates en que está empeñada la suerte de la patria. Sus discursos, por lo mismo, son casi siempre aplaudidos unánimemente y a menudo reciben el honor de la publicación por decreto especial.

Pero no quiere decir esto que este hombre público no tenga ideas fijas y definidas en política, no, él es liberal moderado, desea la reforma de la constitución, para amoldarla a las exigencias de la vida moderna y aspira a que el Ejecutivo tenga más fuerza y menos vaivenes para que como en la República americana su acción se haga sentir y modere los desmanes de las asambleas.

En la ruda lucha de los colectivistas que pretenden poseer el monopolio del mejoramiento social, se mezcló ardientemente, combatió con frecuencia al gran leader Jaurés y expuso ya a sus electores, ya a sus colegas, en luminosos discursos, cuáles eran sus preferencias de doctrina. Según una fórmula concisa de Poincaré, «Paul Deschanel ha defendido, mejor dicho, constituido frente a las utopías

socialistas, la tesis del progreso racional».

Reconoce la primordial importancia que tienen las cuestiones sociales que deben atenderse antes que las de simple política. Desde 1894 declaraba «que el problema de nuestra época consiste en conciliar el principio de la libertad individual, porque la propiedad no es más que una de las formas de la libertad, con el principio de la solidaridad y de la justicia social». Y el remedio lo encuentra en los sindicatos «porque la asociación profesional es el germen de la cooperación bajo su triple forma: producción, crédito y consumo», y en el futuro estima que los sindicatos harán el manejo de la producción y reparto de la riqueza, sustituyendo sus energías a la de los individuos con un criterio de equidad que hoy falta a la organización actual.

Como Waldeck Rousseau, el padre de la ley de sindicatos profesionales, Deschanel es adversario decidido de los socialistas, pero intenta aplicar alguna de sus fórmulas al organismo capitalista para prevenir los manejos demoledores y desde luego está animado por un espíritu serio y reflexivo ante los grandes problemas que son vitales para el proletariado.

Cuando sus compañeros le designaron para dirigir los debates desde la curul presidencial, no quiso en lo sucesivo tomar parte activa en ellos, se limitó a cumplir estrictamente sus deberes de moderador de la Asamblea y para ello contaba con esa distinción que lo caracteriza como cualidad nativa y con la oportuna e ingeniosa manera de sus amonestaciones, que es indispensable en Francia para imponerse a los hombres.

En repetidas ocasiones se le brindó una cartera ministerial, en alguna de las crisis graves del pasado se le ofreció la Jefatura del Consejo. Rehusó siempre. Fiel al parlamentarismo, consciente de su fuerza y de su labor utilísima en la asamblea, no se dejó seducir por los halagos del poder o quizás como las crónicas maliciosas lo insinuaban, su ambición era más alta y más noble y desde luego no estaba vinculada a las intrigas y éxitos de la política de partido.

Sin abandonar sus graves ocupaciones, inició desde su juventud, paralelos a sus estudios de problemas del Estado, los de sus aficiones literarias. Ha publicado ya numerosos volúmenes, por ejemplo «La República Nueva», «La Cuestión Social», «Oradores y hombres de Estado», «Figuras de Mujer». En todos ellos resplandece un maduro pensamiento, cuidadoso del detalle en el fondo y en la forma. Sus discursos, biografías de escritores, críticas de obras maestras, siluetas femeninas tienen esta nota que las une: pueden leerse en voz alta, porque están escritas en forma atildada y elocuente.

La Academia Francesa coronó algunos de estos libros y en 1899, siguiendo sus tradiciones de incorporar en su seno a las personalidades salientes de la política cuando son devotas de las letras y poseen algún bagaje literario, lo eligió a pesar de su juventud.

La oratoria de Paul Deschanel, de la cual tuvimos dos brillantes muestras: su discurso pronunciado en su recepción académica y el que leyó en el entierro del Presidente Faure, es arte mesurado, noble que no abusa de la imagen, que no se sale de los diques ni abandona el tema que le sirve de motivo principal. No es fría tampoco. Conoce el arte por estudio, por papeles, pero su alma varonil, patriota y culta, encuentra siempre los acentos que conmueven y que arrancan los aplausos como homenaje a la sinceridad de la convicción y a la belleza del período.

Sus últimos discursos han sido ya coleccionados en volumen, son las palabras pronunciadas en los cuatro años de la terrible prueba que acaba de atravesar su país y se caracterizan, como dice un reputado crítico, por su perfecta unidad de inspiración; son el comentario elocuente de los acontecimientos principales, el desarrollo lírico de las ideas más nobles y más generosas frente a la catástrofe, el resumen de la guerra a través del temperamento impresionable de este notable estadista y gran patriota.

En 1913 la Francia dividida por pasiones religiosas, antimilitaristas, socialistas, parecía una presa condenada a caer en los lazos que tendían sus enemigos tradicionales para desmembrarla una vez más, y rebajarla de su histórico rango de potencia civilizadora. A pesar de que la opinión parecía muy dividida en la Asamblea de Versalles, la mayoría escogió a Poincaré y todos sabemos cómo este hijo de Lorena, con su clarividencia, su moderación, su buen sentido colaboró desde el Elíseo en la obra del gobierno. Fué el Presidente ideal para la guerra.

Ahora Francia, engrandecida con el rescate de sus dos ricas provincias, pero desangrada y financieramente comprometida, exige cuidados muy delicados para que la victoria produzca todos sus frutos y se repare el desastre que la destrucción sistemática y ciega que emplearon los enemigos, no deje a la nación aniquilada y abatida. Francia resurgirá bella y fuerte de las cenizas y de los eriales de su propio territorio.

Pues bien, el timón pasa a buenas manos. Deschanel es el Presidente ideal para la paz.

Sesudo como Poincaré, y elegante como Carnot. Reune los atributos que exige el sistema parlamentario. Jamás usurpará funciones pero suavizará asperezas, unificará tendencias, imprimirá su carácter a la obra importantísima del resurgimiento, que será la del gobierno futuro, alternará con suprema distinción con sus colegas los Reyes y Presidentes, en esta era del triunfo de la democracia y de la solidaridad internacional. Pero en sus manos el poder, que no será nunca dictadura, tendrá el esplendor de los buenos tiempos de Pericles, como todos anhelamos que la República Francesa sea la Atenas culta y fuerte de los tiempos contemporáneos.

Deschanel es la eleganćia personificada y llevan el sello de aristocrática elegancia sus trajes y maneras, sus actos, sus palabras, la historia de su vida, sus ideales. Fué durante veinte años el árbitro de los directores de la cosa pública, será en lo sucesivo el estandarte que podríamos imaginar digno de su noble patria, y recordando el título escogido para su reciente obra espiritual, digamos que será el estandarte de la «Francia Victoriosa».

Alejandro Alvarado Quirós.

Nos la envían de España

GACETILLA SUPLICADA

El día 9 del corriente Noviembre a las tres de la tarde falleció en Barcelona (España), el popular editor don Miguel Parera, divulgador de las obras de Marden.

Vivió para todos, trabajó constantemente para los demás, luchó con fe y perseverancia, hizo cuanto pudo para mejorar el nivel cultural de nuestro pueblo.

No ha muerto rico ni llegó a ver realizados sus ideales.

Rogad por él.

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE y Cía.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, Costa Rica, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢	0-40
La serie de 4 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración		1-50
Para el extranjero, el número suelto	$	0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)		3-00 » »
La página de avisos, por inserción		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Desde otro mirador

LA ESCUELA RURAL Nº 17

De tarde en tarde, cuando las complicaciones de la vida santiaguina me llevan a suspirar por un poco de amable paz, de recogimiento y soledad, voy a ampararme en el afecto de una amiga que pudiera con propiedad hacer suyos aquellos lindos versos de José Martí:

> «*Cultivo una rosa blanca*
> *en junio como en enero,*
> *para el amigo sincero*
> *que me da su mano franca.*
> *Y para el cruel que me arranca*
> *el corazón con que vivo,*
> *cardo ni ortiga cultivo;*
> *cultivo una rosa blanca!*»

Esta amiga ha sido durante los dieciocho mejores años de su vida, maestra de la escuela rural nº 17 del departamento de Maipo.

Enclavada en el corazón del valle, frente al muro dentellado de la montaña y resguardada a la espalda por los cerros de la costa, esta escuela rural, mísera y destartalada, ha constituído siempre para mí, otro mirador para observar los problemas de nuestro complejo social.

Una escuela de fundo es, en verdad, un mirador excepcional. No está como «las casas» alejada material y espiritualmente de la vida del pueblo. Hasta sus paredes humildes llegan palpitantes aún de emocion, las voces de la gente inquilina y también, de cuando en cuando, los ecos de esas mismas voces reflejadas en los murallones espesos de la mansión solariega. Construída al borde del abismo de incultura que aparta en nuestro país la clase de los terratenientes de la de los trabajadores agrarios, este mirador domina—como ninguno otro—los dos lados del problema social de mayor importancia que tiene hoy que resolver el país: la incorporación de las masas incultas a la vida republicana, cuyo orden y cuyo progreso necesitan de un alto grado de civilización colectiva.

La vida del inquilino

Está de moda hoy rotular de bolsheviki a toda persona que mire con simpatía la causa popular. Sin tomarse el trabajo de discernir cuánto hay de justo y cuánto de malsano en las aspiraciones de los distintos grupos, sin detenerse a recordar que el mejor medio de asegurar el orden es no contagiarse del pánico y mantener el corazón ecuánime, mirar cara a cara la realidad y dar en seguida al César lo que es del César, estas gentes de antaño que serían capaces de descubrir maximalistas hasta en los capítulos de los conventos, acaso se inquieten también de que en estas charlas domingueras, llamemos la atención hacia una realidad dolorisísima y vergonzante: la de la vida inquilina. Lo hacemos, sin embargo, precisamente porque deseamos de todo corazón que estas cosas se mejoren dentro del orden, dentro de la normalidad de nuestras instituciones, y no se las deje allí, como una infección de descontento, de odio, para que fermenten después convulsivamente.

En el fundo en que está situada esta escuela rural número 17, los jornales de los inquilinos son actualmente de un peso diario para los *obligados*, es decir, los trabajadores que reciben casa, una frugalísima ración diaria y un cuarto de cuadra para sembrar. Los *afuerinos* que están exentos de todos estos privilegios, obtienen en cambio, $ 1-50 al día. De los primeros, la mayoría son jefes, legales o nó, de una familia numerosa: cuatro, cinco, siete hijos. Con ese jornal, que equivale a $ 26-00 mensuales (puesto que hay que descontar los domingos) el peón debería alimentar, vestir, a su mujer y a sus hijos, cuidar de su salud y de la de su familia, educar a ésta y vivir una existencia honrada y virtuosa! Veintiséis pesos mensuales! Quién de mis lectores se atrevería a jurar que continuaba viviendo su vida honrada si tuviera nada más que veintiséis pesos mensuales para mantenerse él y su familia!

Por cierto que no hay necesidad de describir la existencia de los inquilinos, porque cual más, cual menos, todos la conocemos de *vista*. Pero imagino que si tuviéramos por un momento que vivirla, nuestra opinión sobre los vicios del pueblo cambiaría radicalmente. Entre cuatro murallas de tierra parda, comen, duermen y habitan confundidos los padres, los hijos y hasta los animales domésticos; por todo lecho, unos pellones o unas mantas; por toda vajilla, unos tarros inmundos; el aseo personal es imposible, porque el único vestido que se tiene es el que se lleva puesto y que no se reemplazará hasta que, caído en jirones, la elemental decencia obligue a buscarse otro con qué cubrir la desnudez; el hurto de las aves, de las frutas, de las cosechas, viene a llenar una necesidad de hambre; distracciones sanas no existen: el único solaz, el único olvido, el único asomo de dicha pasajera lo proporciona la embriaguez pesada y brutal del alcohol.

Las dos grandes instituciones civilizadoras: la escuela y la iglesia les alcanzan apenas. La escuela sólo puede coger al niño en los meses de invierno, cuando las faenas agrícolas escasean; en cuanto empiezan las siembras, el aula se ve desierta: los muchachos han ido, impelidos por la necesidad, a trabajar cuando deberían aprender, a incrementar el número de las huestes analfabetas que mañana han de seguir la misma existencia de barbarie de los padres, o han de llegar hasta las ciudades a engrosar las filas de los proletarios agriados y descontentos, de los sembradores de la anarquía y del odio. La iglesia en este fundo (no sé si otro tanto ocurre en la generalidad) es una institución de verano. Hay un oratorio en «las casas» que se abre los domingos de estío, cuando la elegante sociedad veraniega se hospeda en ellas. En el resto del año no se divisa por aquí ningún pastor de almas que apaciente esta grey sencilla y piadosa instintivamente. Los sentimientos que bien dirigidos pudieran encaminarles a una vida moral más elevada, crecen incultos y sin guía, dando flores de la más absurda superstición.

Moral y civilización

En un desfile huelguista que ví hace años en Nueva York, había un letrero que decía así: «El mejor sermón de moral es un buen sueldo!» Por supuesto que no hago mía toda la intención de la frase, ni la creo enteramente justa; más, que en la existencia miserable de ciertas estratas sociales, la falta del dinero necesario y urgente para llevar una vida civilizada, es un elemento desmoralizador, no me cabe la menor duda.

La moral implica un conjunto de deberes y obligaciones que pueden relacionar al individuo con la divinidad, pero que en todo caso le ligan con el hombre, con sus semejantes, llámense estos padres, hijos, hermanos o prójimos. La civilización actual, que se ha desarrollado dentro de la moral cristiana, ha legislado a base de esos deberes y de la práctica de aquellas virtudes evangélicas que dicen relación con lo que denominamos, en un sentido amplio, la sociedad humana. La célula inicial de este organismo no es el individuo aislado, es la familia; al rededor de este núcleo se desarrollan los conglomerados mayores y más complejos: pueblos, patrias, instituciones. Allí donde no existen ni la familia organizada de acuerdo con las leyes de la civilización que nos rige, ni el hogar adecuado, nido de la familia humana, protección y abrigo del niño, escuela del adolescente y del adulto, los elementos esenciales, fun-

damentales de la civilización, faltan. La moral y la virtud, que son inherentes a este grado de cultura, tampoco pueden existir sino por rarísima y milagrosa excepción. Tal es el caso de nuestra gente inquilina.

Cuando se habla de la ignorancia del pueblo, de sus vicios, no se dice sino a medias una triste verdad, verdad cuyas dos faces se perciben claramente desde este pequeño mirador de la escuela rural: una, que el pueblo nuestro vive en la barbarie y, por lo tanto, carece de todas las virtudes inherentes a la civilización, y la segunda: que la clase dirigente, en cien años que lleva gobernando el país, no ha podido o no ha querido incorporarlo a la civilización.

El esfuerzo

Se compara a menudo la situación del obrero nuestro, del trabajador agrario, con sus congéneres de Francia, Inglaterra, los Estados Unidos. Pueden semejarse en algunos rasgos, menos en uno fundamental: la clase pobre de esos países está dentro de la vida civilizada. En sus hábitos, en sus costumbres, en su manera de vivir, son unos con la clase culta. Les puede separar un accidente: el dinero; no les divide un abismo: el que va de la barbarie a la civilización.

Sin embargo, esos pueblos no están en la situación que ocupan por un milagroso azar: su cultura doméstica, social y espiritual es la obra del esfuerzo. Se han necesitado de decenios y decenios de instrucción obligatoria, de múltiples leyes protectoras del obrero, de la mujer y del niño, de propagandas tenaces en favor de su mejoramiento, del esfuerzo, en una palabra, del esfuerzo combinado y colectivo de las clases trabajadoras, de los gobiernos, las instituciones y los particulares.

Cuando uno oye a hombres de posición y de influencias indignarse ante los vicios del pueblo, uno se siente tentado a preguntar a quienes así lo increpan: ¿qué ha hecho usted, dueño de fundo, hombre de fortuna, de cultura y de prestigio; qué ha hecho usted por mejorar la suerte del pueblo, por incorporarlo a la vida civilizada, por ahorrar a su patria días de rencores y de violentas reivindicaciones?

Los que se asustan ante el bolshevikismo hipotético de hoy, deberían tranquilizarse pensando que el mejor medio para que el pueblo no pida imposibles es enseñarle a discernir, es educarlo, es ampararlo con leyes justas, es darle una situación pecuniaria que le permita llevar la vida a que todo ser humano civilizado tiene derecho. El maximalismo en agraz no se combate cerrando los ojos a la verdad; se podría eliminarle hoy mismo mediante las leyes sociales que necesitamos con tanta urgencia, mediante el convencimiento inculcado en todos, especialmente en los miembros de nuestra clase rica, que el mejorar la suerte de los inquilinos no es sólo un deber altruísta, es una conveniencia nacional y hasta individual; porque los vicios populares de que hoy se quejan los productores porque dificultan y entorpecen el trabajo, son consecuencia de la barbarie en que vegeta el pueblo, de la ausencia de condiciones económicas justas, de la falta de educación, factores todos que en otro tiempo existieron en esos mismos países que hoy se nos presentan de modelo y que fueron mejorados por el esfuerzo colectivo de la nación entera. ¿Y por qué no podríamos nosotros en estos críticos momentos de hoy llevar a cabo un esfuerzo semejante?

Cuando el estadista inglés Lloyd George pedía de los Comunes las leyes de seguro obrero, demostró con estadísticas y con documentos recibidos de Alemania, país en que el seguro estaba ya implantado, que los gastos que la ley demandaba, tanto del Estado como de los patronas, los veían éstos mismos, compensados con creces en el aumento productivo del obrero, que mejoraba mecánicamente su rendimiento con su mayor bienestar. Otro tanto puede decirse de casi todas las leyes sociales modernas. Comienzan por parecer tan sólo altruístas, concluyen por probar que también son convenientes. Y no puede ser de otro modo, porque si la suprema y final aspiración del ser humano es la bondad y la justicia, es lógico que en ellas encuentre el medio más propicio par el desarrollo de todas sus potencias.

Amanda Labarca H.

(*El Mercurio*. Santiago de Chile, 26 de octubre de 1919).

Envío de la señora Etelvina F. de Vigil, que nos dice en carta: «Y a propósito de esto le mando ese precioso artículo de la que es, a mi parecer, la mujer más culta e inteligente que escribe ahora en Chile».

Notas de una travesía oceánica

Antes de poner pie a bordo, hemos medido, desde el muelle, la magnitud del trasatlántico, comparando mentalmente su poder de resistencia con el poder de destrucción del próximo océano. Tranquilizados por el cálculo, a la vista del poderoso buque, hemos cruzado valientemente la plancha y nos hemos encontrado sobre la vasta cubierta. En tierra se queda todo nuestro mundo cotidiano y circundante, las luchas y los afectos, los bienes y los males de la sociedad creada en torno, como una piel de que súbitamente nos despojamos. Una travesía océanica brinda al individuo la máxima oportunidad de encontrarse a sí mismo. ¿Pero son muchos los hombres que necesitan buscarse?

El deleite de la irresponsabilidad

Sueltas las marras, y una vez en franquía, hemos abdicado alegremente de nuestra personalidad de hombres que aspiran a ser libres. Nos hemos dado por entero a un autócrata, al capitán del buque, y no hay cuidado de que nadie conspire contra su poder ni siquiera discuta sus actos. Puede llevarnos a puerto y puede llevarnos a a la muerte, pero nuestra confianza y nuestra renuncia son ilimitadas y gozamos inmensamente con la conciencia de la irresponsabilidad. La democracia—el celo y el sentimiento de responsabilidad de todos—es sólo una salvaguardia contra los capitanes ineptos o vesánicos. Si los grandes, los verdaderos capitanes de hombres naciesen con un signo visible, con qué placer nos entregaríamos a ellos y nos dejaríamos guiar tutelarmente, sin temores ni remordimientos liberales. La inmensa mayoría de los hombres, los pueblos, no quieren el poder por ambición de dominio; antes al contrario, lo juzgan como una carga onerosa y están deseando hallar el hombre que la codicie sin peligro para el resto. Pero la navegación por el océano social es todavía una ciencia imperfecta y es preciso que el mando se otorgue por elección, no por renunciación, como en la náutica primitiva. La democracia es la ruta de la aristocracia y, si se nos apura, de la autocracia; pero antes hay que barrer estos tipos de autocracia y de aristocracia usurpadoras que nos llevan casi siempre al acantilado y rara vez a segura bahía.

El empequeñecimiento del mar

La inmensidad del mar es un tópico destruido por la moderna técnica náutica. Un primer viaje océanico, una primera impresión de un mar cercado por un horizonte que parece no poder alcanzarse nunca, todavía sugiere emociones de entusiasmo, algo así como una embriaguez cósmica. Pero una modesta familiaridad con las rutas océanicas quita al mar toda grandeza dramática. Para un navegante novel,

sus saltos y jadeos todavía pueden ser fuente de cómico terror. Pero después del advenimiento de estos colosos flotantes, que apenas se dignan balancearse levemente bajo el impetu de los mayores temporales, el mar es una bestia domesticada. (La bestia siempre peligrosa, femenina y envolvente, es la niebla). Estos colosos son, además, rapidísimos, y así la relativa extensión del Atlántico es quince o veinte veces menor que en tiempos de Colón. Y con la nueva navegación aérea, el mar viene a convertirse en algo así como en el camino de la diligencia intercontinental. Antes parecía una temeridad aventurarse en el piélago. Pronto parecerá una riculez y sólo se usará este medio de comunicación para las mercancías y para los ancianos. El interés de una travesía no está, pues, ya en la relación del buque con el mar, sino en la actitud de unos pasajeros frente a otros. Al sentimiento dramático por la Naturaleza ha sucedido la recíproca curiosidad psicológica—casi. siempre cómica—de los hombres.

Odios y amores océanicos

Un barco es como un estado de los afectos. Está excluída la política, porque todos hemos abdicado nuestra soberanía en el autócrata que nos conduce, y también otras altas actividades del espíritu—el arte y la ciencia, sobre todo—porque el viaje es un tránsito y faltan en él las condiciones de duración y estabilidad que exige toda elevada creación. No hay espacio más que para los afectos. Al penetrar en el buque y explorarlo curiosamente, miramos los rostros de los compañeros de viaje con sondeadora insistencia, como si del primer golpe de vista quisiéramos descubrir cuáles van a ser nuestras simpatías y nuestros odios océanicos. Son efímeros, generalmente, esos odios y simpatías, epidérmicos y fugitivos como el paso del buque sobre el oleaje; pero a veces toman la agudeza de una erupción cutánea. ¿Por qué hemos de aborrecer a esa criatura grotesca de bigote recortado y en guía a la manera de un cepillo de dientes? Detrás de ese visible ornamento capilar adivinamos una pobre psicología elemental, estéticamente imbécil, y acaso se trate de un santo varón y aun de un honrado padre de familia; pero no seríamos leales a nosotros mismos si no nos desquitáramos de la necesidad de convivir con gentes así hiriéndolas de continuo con nuestra sátira, generalmente tácita, a veces expresa. En cambio, esa dama de cuarenta y pico de años frescamente conservados, que canta con tanta picardía y sentimiento en las veladas nocturnas, después de cenar — una dama conspícua, lady Forbes Robertson, esposa del celebrado actor inglés, que también viaja con nosotros—nos evoca la peligrosa edad de la adolescencia, cuando el corazón juvenil ve en el amor una síntesis del amor materno y del amor romántico y propende a dejarse cautivar por las maduras lozanías. Un buque es un Estado de afectos, y cuando faltan seres humanos sobre quienes ejercitar directamente el juego refractario o atrayente de las pasiones, el viajero busca de modo indirecto, por asociación—un niño, una mujer, un engolado señor—el recuerdo de personas queridas o detestadas. Y si esto no es posible, se traba amistad con el altivo gato de a bordo o con un pájaro que viaja entre los botes salvavidas de polisón.

Una sociedad abigarrada

Quiénes y qué son estas gentes? Esta pandilla de seres descocados, que forman como una cerrada sociedad en comandita de placer, que no cesan de beber, jugar y bromear, hombres de vida puramente externa, mujeres muy pálidas y muy desenvueltas que bailan tan bien, gentes todas que parecen vivir en un extraño y radical comunismo ¿quiénes son y adónde van? ¿Dónde hemos visto sus fisonomías familiares? Al cabo de varios días interrogantes, se descifra el misterio: son actores de película y toda su existencia océanica es una constante película de banalidad. Representan el cine por dentro. Con nosotros viajan varios militares, ingleses, norteamericanos, canadienses, australianos. Son como miembros razagados y dispersos de una organización y de una edad que, estando en el tiempo tan próximas nos parecen espiritualmente ya tan lejos. Este robusto jefe militar, que en las veladas canta con la misma energía que si estuviera ejercitándose en la gimnasia sueca ¿no parece un ejemplar extraño de una especie ya desvanecida? Sobre el tono albino de la mayor parte del pasaje, destaca el bronce de los delegados indios a la Conferencia de Washington. Uno de ellos—amigo del poeta Tagore—tiene la dignidad y el vigor reconcentrado de un gran profeta asiático. Un inglés nos ha dicho al oído, con gravedad y respeto, frunciendo el ceño: Es uno de los más temibles agitadores de la India...

Pero la mayor parte del pasaje está compuesta de gente de comercio, preocupada del vellocino de oro. Mientras los hombres dormitan en los sillones planeando sus negocios, sus esposas y sus hijas fuman incesantemente cigarrillos turcos, afanosas de no quedar por debajo de la «mujer moderna». La clásica dama de la «Old Merry England» y la vieja puritana del *Mayflower* comienzan a perder su preciso contorno entre tanto nubarrón de humo. Ya sólo falta que la «mujer nueva» se anexione la pipa hombruna y el tabaco *navy cut*.

La imposible soledad

A mitad del camino se ha publicado el *Cunard Bulletin*, una hoja con los radiogramas lanzados por la estación de Washington. El mundo se empequeñece. El «cuarto poder» invade hasta el mar. El espíritu de Cabot, que cruzó por primera vez estas aguas, no comprendería esta continuidad de comunicación. Varios viajeros expiden radiogramas a sus familias. ¿Dónde podrá el hombre, en lo futuro, hallarse en absoluta soledad?

El poeta infinito

El actor Forbes Robertson recita una noche trozos de Shakespeare, de manera maravillosa. (¿Por qué los actores españoles que interpretan a Shakespeare no llegan alguna vez a Londres?). Una profunda emoción embarga todos los ánimos. Veinte versos del poeta mágico, ¿no son más grandes y trágicos que el inmenso mar circundante? Shakespeare amaba la Humanidad concreta, no la metafísica.

El poeta patológico

Otra emoción trágica: la lectura en alta mar del *Epistolario* de Nietzche, que ha publicado recientemente la Biblioteca Nueva, excelentemente traducido por el señor López Ballesteros (hijo). ¿Cuál es la tragedia de Nietzche? No sólo su fatalidad patológica, por él presentida, que no era precisamente la fatalidad ideológica que, a su juicio, iba a revolucionar el mundo, sino su inhumanidad, su impotencia para convivir con lo diverso humano. Nietzche rechazaba la discrepancia, y cuando él creía que el mundo se aislaba de él, era él quien se aislaba del mundo, y se desesperaba y precipitaba la rotura de su máquina mental. ¿Enloqueció por aislarse o se aisló por estar enloquecido? He ahí un problema que debiera preocupar a cuantos quieren justificar su alejamiento de los demás hombres por un supuesto desvío de los demás hombres respecto de ellos. La salud del espíritu está en el centro turbulento de la vorágine humana, con todas sus reacciones y diversidades. Nietzche amaba la Humanidad metafísica, pero no la concreta.

El nuevo mundo, mundo nuevo

Estamos a la vista de tierra del Nuevo Mundo, del mundo de la cantidad. Pero por debajo de la cantidad ya se estremecen los primeros gérmenes de la calidad, y el Nuevo Mundo será

también el mundo nuevo. Antes el centro de la Humanidad estaba en Europa. La guerra—tal vez el principio de liquidación de la civilización europea—le ha desplazado más hacia occidente siguiendo la ley de desenvolvimiento histórico, y antes de un siglo es probable que esté en América, con permiso de Pío Baroja. Es más de fiar el ojo profético de Walt Whitman.

LUIS ARAQUISTAIN

De *España*, octubre de 1919. (De Liverpool a Nueva York).

De la vida literaria

(Fragmentos de cartas al señor García Monge.)

Madrid, 4 de noviembre de 1919.

Querido Joaquín García Monge: ¡Bravo!

El REPERTORIO AMERICANO, del que he recibido 4 números, estaba haciéndonos falta a los que seguimos de cerca su labor. Le parece a uno que ha comenzado otra vez la vida civilizada, la vida de «relación» entre los escritores nuevos.

Espero la llegada de Pedro Henríquez Ureña, este mes, a Madrid. Publica en la Biblioteca de la R. F. E. un libro sobre la Metrificación irregular española, cuyas pruebas yo estoy corrigiendo. Pronto saldrá y Ud. lo verá.

Estoy en tratos para ver si publico aquí, cuidadosamente, la obra completa de Amado Nervo. Aún no logro que el hermano y representante de los derechos familiares se entienda con el presunto editor: J. Ruiz Castillo (el de la «Biblioteca Nueva», que Ud. conoce sin duda). ¿Se cartea Ud. con Genaro Estrada, de México, D. F., Méx., 1ª Calle de Sor Juana Inés de la Cruz, nº 166? Hombre precioso, indispensable, eficaz, diligente, para todas las informaciones literarias de México que a Ud. le hagan falta.

Parece que aquí se inaugura otra editorial, donde *mandará* Azorín. ¡Gran noticia! Si así fuera, mucho se podría hacer. Debería Ud. mandarme una amplia información, o, mejor, un verdadero artículo sobre la nueva literatura de Costa Rica, con datos bibliográficos y pequeñas siluetas críticas. Yo lo publicaría en la «Revista de Libros», que va a reaparecer este mes, tras el silencio de la guerra.

ALFONSO REYES

México, a 24 de noviembre de 1919.

Muy querido amigo:

Le doy desde luego las gracias más expresivas y sinceras por su Convivio y su Repertorio Americano. El librito de Chacón, delicioso. Chacón es uno de los «nosotros» de todo el mundo (como dice nuestro querido Alfonso Reyes). Conocía sus trabajos de erudición y de crítica (muy interesantes). Pero no había caído en mis manos (caído del cielo, puesto que el azar tiene todavía tanta parte en nuestras lecturas) ningún libro original, de creación directa. Nada tan conmovedor para mí como descubrir en el crítico bien informado un espíritu amplio y lleno de humano interés por todo.

Mariano Silva le queda muy agradecido por su generosa ayuda en darlo a conocer a un público más amplio. Me dice que pronto le enviará a usted su nuevo libro «Cara de Virgen» (novela). Xavier Icaza le mandará también dentro de poco sus trabajos literarios.

Por separado le envío los tomitos recién publicados de «Lecturas Selectas», que dirige nuestro amigo Francisco González Guerrero.

JULIO TORRI

Barranquilla, 28 noviembre 1919

Amigo García Monge:

Estoy tan contento de su labor. Me acaba de llegar «De la Amistad y del Diálogo». Usted sabe como admiro a Eugenio d'Ors y como creo necesaria su divulgación en América. Se ha impuesto usted esta tarea. Debemos agradecérselo infinitamente y ayudarlo. Tengo—por mi parte—yo algunos «glosarios» escogidos y traducidos. Se los voy a mandar. Debemos entrar todos en la santa cruzada en pro del reinado de la inteligencia.

Otro libro me mandó usted, también bien notable, «Hermanito Menor». No sé cómo decir la impresión que me dejó el libro. Los paisajes de Lanuza son como recordados con el corazón... Descritos precisos los envuelve como una niebla sentimental, un ritmo de elegía.

Recordaré siempre esta fuente de «Santa Helena» que mana misteriosa dos o tres veces al día como obedeciendo al mandamiento de la santa... Y a los vecinos de Lanuza que aguardan el correo en la plaza soñolienta.

Bien, bien! Bien la publicación de la conferencia de Ors. Bien la publicación del libro de José María Chacón y Calvo. Su gusto seguro va siempre adelante. Mis felicitaciones.

Reproduciremos en «Voces» un capítulo sobre «Hermanito Menor». En «Voces» también publicamos glosarios de Xenius, algunos glosarios nuevos que no pondré en la escogencia que le hago.

¿Ha ido recibiendo nuestra revista? Desde este mes mejorará su edición. Hablaremos de su «Convivio».

Sigo mis traducciones de poetas alemanes. He escrito sobre Arno Holz en «Voces», formando parte de los diversos estudios que he dedicado a poetas y prosistas, ingleses, nórdicos, italianos, franceses, alemanes, etc. Tengo empezados unos estudios sobre Humanistas y otros sobre los nuevos filósofos de Italia, Farinelli, Gentile y Borgese. Trabajo. En abril sigo para Europa. Mande.

¿Qué «Convivios» nuevos prepara?

Nuevamente mis felicitaciones.

RAMÓN VINYES

Nueva York, 2 de diciembre de 1919.

Ahora me he hecho cargo de la dirección de una revista mensual que se llamará «Ahora» y de un opúsculo mensual que se llamará «Sin Nombre». Este último lo escribiremos tres escritores solamente: Dimitri, Ortiz y yo. Es para buscar dinero honestamente, escribiendo cosas graciosas, cuentos, versos, etc., etc., que gustan a todos los que aquí hablan español.

Henríquez Ureña salió para Francia hace un mes. Vasconcelos vive ahora en Los Angeles, California. Tablada, el poeta mejicano, viene ahora para acá a dirigir una revista que fundará el ex-director de «Cromos» de Bogotá, revista que usted debe conocer hace tiempo.

Prepararé una colección de cuentos excelentes del literato dominicano José Ramón López. Usted lo dará a conocer a nuestra América, pues en verdad casi nadie lo conoce y es gran escritor criollo.

MANUEL F. CESTERO

Bogotá, noviembre 20 de 1919.

Mi estimado amigo:

Le remito el «Album de Boyacá», que es una historia, la más completa publicada hasta ahora, de la célebre campaña de Bolívar.

Recibí el interesante folleto *Rubén Darío en Costa Rica*. Mucho agradezco la fineza; pero quedaría aun más agradecido si usted quisiera enviarme también las entregas correspondientes a Varona, Almafuerte y Guido Spano.

Me será grato remitirle las publicaciones que juzgue puedan serle útiles; y me suscribo su amigo afmo.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Bogota, octubre 5 de 1919.

Va una nueva traducción de Renán y próximamente irán otras.

No deje de escribir a Santos, a quien he hablado muchas veces de V. Es un joven muy entusiasta por la difusión de la cultura intelectual.

Próximamente aparecerá un estudio extenso sobre los poetas caucanos, de Mario Carvajal, en el cual se habla mucho de Isaacs. Oportunamente se lo enviaré.

CORNELIO HISPANO

Bogotá, noviembre 14 de 1919.

Muy distinguido señor y amigo:

Le envío cuatro ejemplares de un folleto mío, *Santander* y le suplico que si aún tiene ejemplares de la *Colección Ariel*, tomo en que salieron *El Illimani y otros poemas* me obsequie dos o tres ejemplares que le agradeceré debidamente.

Soy su afmo.

MAX GRILLO

Apartado 296.—Bogotá.

Cádiz, 5 de octubre de 1919.

Director de EL CONVIVIO
San José de Costa Rica.

Estimado colega y amigo:

Aunque esta Revista (*) se le viene remitiendo desde hace mucho tiempo con toda puntualidad, en nuestra redacción no se recibe ningún ejemplar de sus ediciones desde ocho o diez meses, ignorando si esta falta obedece al deplorable servicio de correos que existe actualmente, pues rara vez recibimos libros si nos los mandan sin certificar.

Hoy he leído que ha publicado Ud. una colección de trabajos de Rubén Darío, con una introducción de Teodoro Picado, anunciando Ud. la publicación de un segundo tomo del propio Darío, y como me interesa cuanto de aquel gran Maestro se ha publicado, me permito rogarle con el más vivo interés se sirva remitirme esos dos tomitos, bajo certificado, único modo de que lleguen con seguridad.

No sé si poseerá Ud. mis libros sobre RUBÉN DARÍO y AMADO NERVO, pero en caso negativo yo tendré mucho gusto en remitírselos, así como otros que publicaré en breve.

Ruego a Ud. ordene no dejen de enviarme los tomos de sus interesantes colecciones y para evitar pérdidas, si le parece bien, puede remesarlos juntando unos cuantos cuadernos cada trimestre y certificarlos. Al re-

(*) *España y América*, Cádiz.



Asistentes al Primer Curso Agrícola de Verano hecho en Costa Rica.—Del 9 al 24 de diciembre de 1919.

En la Escuela JUAN RAFAEL MORA.—Organizador: Juan J. Carazo (1).

cibirlos daremos cuenta en la sección bibliográfica de todos ellos.

No puede Ud. figurarse cuánto sentimos no poder tener la colección de sus ediciones, pues en nuestra redacción se leen sus ejemplares con sumo gusto.

En espera de sus prontas y buenas noticias, me reitero su atento amigo y s. s. q. e. s. m.,

EDUARDO DE ORY

Una lectora curiosa

La Ciudad 4 de febrero de 1920.

Estimado Profesor:

HACE algunos días el cable trajo la noticia extraordinaria de determinadas interceptaciones de mensajes marconigráficos que se creen procedentes del cometa Marte. Como este es un motivo tan sugestivo como especial y por ende digno de estudio y de investigación, yo me permito rogarle que por medio de su Repertorio que tantas cosas buenas nos cuenta y nos enseña, nos haga alguna luz en el asunto. Yo creo que hay unas cuantas personas, que como yo, están encantadas o interesadas en cuestiones astronómicas, pero que estamos en la mayor ignorancia. Si fuera posible que alguien que de verasentien de diera una conferencia sobre este asunto que puede tener una importancia extraordinaria para los moradores de la tierra, más tal vez que las huelgas y la política: ¿Ud. querría interesarse?—A mí me da el corazón que sí!

Muy respetuosamente.

ANA ROSA CHACÓN.

Señor don J. García Monge

Presente.

LA DIVINA PALABRA

LA tierra debió estremecerse, no sé si de gozo o de miedo, el día en que rodó por su atmósfera el sonido de la primera palabra pronunciada por el hombre. Era una nueva fuerza que aparecía en el mundo: sutil, impalpable, espiritual, pero más poderosa que el vórtice del huracán y el fuego del rayo. En ese son que el bípedo implume y velloso articuló con los órganos de su boca se encerraba un germen de poder más apto para edificar y destruir que todas las energías diseminadas por los espacios inmensos del cosmos.

Para multiplicar esa fuerza el hombre dió nombre a cada ser, a cada cualidad, a cada acción, y nada hubo en los dominios de la materia y en las regiones del espíritu sin su propio signo verbal, y desde los procedimientos acústicos de la onomatopeya hasta los sistemas de aglutinación y de flexión, en el correr de los tiempos, el ingenio humano empleó toda su potencia racional en la obra majestuosa del lenguaje. Y luego quiso fijarlo y perpetuarlo, e inventó la escritura, y grabó sucesivamente la palabra en la piedra y en el ladrillo y en las tablas de cera y en el papiro y en el pergamino y en el papel continuo de la imprenta, en que reproduce y difunde la idea por millares y millones de ejemplares, esparciéndose y derramándose por toda la tierra para apoderarse de todas las mentes y ejercer señorío en todas las conciencias.

***

DICE el autor del Apocalipsis que «en el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios». Y más adelante dice también que «la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros». Y el Verbo es «Luz del mundo», en frase del mismo Evangelista.

Cualesquiera que sean tus ideas religiosas, lector amigo, si eres discreto, no puedes dejar de ver en ese texto bíblico la más sublime concepción del origen y la naturaleza de la palabra, don divino que a ningún otro ser de la tierra, sino al hombre, fué otorgado.

La palabra ha de servir, pues, para iluminar, y sólo es santa y noble, divina y humana a la vez, en cuanto alumbra y esclarece. Para esclarecer ideas de relación y de oposición, de semejanza y analogía, de género y especie; para alumbrar el sentimiento, sacándolo fuera del claustro del cora-

zón, que es su matriz; para iluminar los deseos y los actos, promulgándolos y anunciándolos, nos ha sido dada la palabra.

Esa santidad y esa luz se hallan en la palabra que traduce sinceramente la íntima claridad del espíritu que habla: en el suavísimo verbo de la madre que acaricia al fruto de su vientre, en el verbo caluroso de los enamorados que se funden en el ardor del beso, en el verbo ingenuo del rústico que con una sola locución dice repentinamente todo su sentir ante la hermosura de un espectáculo de la naturaleza.

Doble luz tiene la palabra cuando fulge bañada por el sol del arte, en la rima y en la prosa, en el poema y en el discurso; pero sólo del arte, no del artilugio, emana esa luz segunda que robustece la primera, porque el arte verdadero es también naturalidad y no efectismo, verdad y no mentira, salud y no achaque. De aquí la eterna juventud y la eficacia eterna, de las obras de los grandes artistas del lenguaje.

***

PERO sucede que a medida que el hombre multiplica la palabra la ofende y deshonra con el abuso; que cuanto más la extiende menos la respeta, y cuanto más la propaga más la adultera. Las prensas tiran todos los días hojas de periódico, hojas de folleto, hojas de libro, millonadas de hojas de papel llenas de palabras grabadas... palabras vacías que nada dicen, o que sólo dicen cosas vanas, fútiles y deleznables, cuando no feas, venenosas y repugnantes. Por todas partes se levantan también tribunas, religiosas, políticas y académicas, y se aumenta prodigiosamente el número de «oradores», y también de esas cátedras salen palabras huecas, palabras sin alma, palabras torpes y tóxicas.

De esa balumba de papel impreso y de ese tumulto de gritos oratorios (?) apenas si se saca ni un pensamiento alto, ni un sentimiento hondo, ni una moción eficiente. Los hombres de hoy leen y oyen por entretener los ojos y el oído; pero sin fe, sin veneración y sin amor a la palabra, porque la palabra que hoy se prodiga no tiene crédito, ni es venerable, ni digna de ser apetecida y amada. De sierva del espíritu se ha convertido en instrumento del estómago, de órgano de cultura en máquina de ignorancia, de motor de mejoramiento en lazo y trampa de perversión, de espejo en máscara, de cumbre en sima, de vergel en pantano. La palabra no es ya un ministerio, sino una industria.

¿Hasta qué extremos de atraso y bajeza nos llevará esa prostitución de la palabra?

Porque la humanidad no puede vivir sin la verdadera palabra, que es la «luz del mundo».

MARIANO ARAMBURO

(*Universal*. Habana).

La cultura y los peligros de la especialidad

No es de ahora la admiración de los pueblos hispanoamericanos ante el desarrollo de la instrucción pública en los Estados Unidos. Sarmiento, tal vez antes que nadie; Hostos, después, —entre otros,—hallaron aquí parte de las inspiraciones que los guiaron en sus campañas pedagógicas.

¿Qué pudieron enseñar los Estados Unidos—desde 1850—a los hombres de nuestra América? Los Estados Unidos representaban, para nosotros, la educación democrática; el principio de la instrucción pública gratuita y obligatoria, o cuando menos al alcance de todos, si bien no lo inventaron ellos, sí lo pusieron en acción eficaz. Representaban, además, métodos objetivos, directos, y aplicaciones prácticas y útiles del conocimiento.

Hoy, en los comienzos del nuevo siglo, iguales lecciones nos dan los Estados Unidos. Pero ya no tienen ellas la importancia de otro tiempo: porque en mayor o menor grado, todas las naciones han adoptado el principio de la educación democrática; porque si en 1850 eran pocos los países que habían renovado sus métodos pedagógicos, hoy son muchos; y en fin, porque hoy en todas partes la enseñanza, sin hacerse necesariamente *práctica* en el sentido vulgar de la palabra, procura que todo conocimiento adquirido en la escuela se justifique por su utilidad en la vida posterior del individuo.

Hay más. Dentro de los Estados Unidos es preciso distinguir de regiones y de épocas. Aun en 1850, las actividades pedagógicas que atraían la atención de Sarmiento no eran de todo el país: pertenecían sólo al Nordeste, y principalmente a la Nueva Inglaterra. En el Sur, los beneficios de la instrucción raras veces alcanzaban a la gente de color, esclava o libre, o a la blanca pobre *(white trash)*: tanto vale decir que la mitad del país,—pues el Oeste todavía estaba punto menos que despoblado,—no creía en el ideal de la educación democrática.

Después de 1865, terminada la Guerra Civil, el Oeste fué poblándose y extendiendo los ideales del Nordeste. Hubo una excepción, sin embargo: no se trabajó seriamente por adaptar al indio a la civilización anglosajona, y acaso haya sido ventajosa la desidia: el insumiso indígena no ha aprendido a fabricar máquinas, pero ha conservado su cultura autóctona y tradicional, sobre todo su música y sus artes plásticas, hondamente interesantes.

El Sur se ha *modernizado* con más lentitud que el Oeste. La raza negra va educándose despacio, por sus propios esfuerzos y con la ayuda de filántropos de la raza dominadora; la instrucción general se extiende. Con todo, el Sur aún no podría servir de modelo a los creyentes en la educación democrática.

Finalmente, la inmigración enorme que ha entrado en el país ha producido desequilibrios en la distribución de la cultura. A pesar de todos los esfuerzos, hay más población escolar que escuelas. La exigua retribución de los servicios del maestro (problema de que se habla todos los días) ha alejado de la enseñanza a muchos hombres y mujeres de aptitudes superiores, y la escasez de maestros resulta alarmante: hay miles de puestos que nadie ocupa, y muchos más encomendados a incompetentes mientras se halla modo de reemplazarlos con aptos. La gravedad de la situación vino a comprenderse durante la guerra, cuando se verificó el censo de los campamentos: según las cifras oficiales, publicadas por el Gobierno de Washington, el 24 por ciento de los soldados no llenaba los requisitos mínimos de instrucción exigidos en las pruebas de examen adoptadas por el ejército. Esos requisitos no siempre se limitaban a la lectura y a la escritura; pero, según cálculos probables, el analfabetismo del ejército pasaba del 15 por ciento,—cifra mucho más alta que las publicadas, año tras año, antes de la Gran Guerra, en las enciclopedias y en los tratados de geografía. En general, la estadística de los pueblos del Norte pecaba de optimismo: en cambio, los cálculos estadísticos latino-americanos pecan a veces de pesimismo, y conozco caso en que uno de nuestros pesimistas atribuyó a su país un 95 por ciento de analfabetos—cosa a todas las luces imposible.

No seremos los hispanoamericanos quienes tengamos el derecho de arrojar la primera piedra a los Estados Unidos por su indebido exceso de analfabetismo. No: a pesar de todas las salvedades y excepciones, uno de los rasgos característicos de este país es, como piensa John Dewey, su culto de la educación, su fe en la cultura para todos. Los hispanoamericanos, devotos de la cultura como hemos sido siempre, todavía tenemos que tomar ejemplo de esta devoción de las gen-

tes del Norte, menos pura tal vez, pero más eficaz hasta ahora.

***

¿QUÉ más aprenderemos de los Estados Unidos? No sé que haya otra cosa esencial que aprenderles. Pormenores, sí: en métodos y en aplicaciones, continúan dando ejemplos, aunque no sean los únicos.

Creo, en cambio, que debemos ahora prevenirnos contra sus ejemplos perjudiciales. La educación está en crisis en los Estados Unidos. No necesito aducir pruebas: quienquiera que se halle en contacto con las escuelas y universidades, quienquiera que lea publicaciones pedagógicas del país, lo sabe. Hasta la prensa diaria llegan los ecos del conflicto. (1)

No pretendo afirmar que sea cosa fácil descubrir la causa de la crisis. Las causas son muchas, probablemente, y cada quien propone su remedio, desde la lectura de Platón hasta el aumento de salarios a los maestros. La desorientación es general, y no se ve cercana la solución.

En la crisis, uno de los problemas indudables es el del *curriculum*, del plan de estudios: a los hispanoamericanos debe interesarnos, porque presenta complicaciones que hasta ahora hemos logrado evitar nosotros, pero que podríamos crear en nuestras escuelas, si por falta de atención vigilante perdiéramos la sana orientación de nuestras tradiciones intelectuales. De los planes de estudios depende todo sistema y todo orden en la cultura. Y en los Estados Unidos, actualmente, no es exagerado decir que impera el desorden en los planes de estudios,—cosa que no sucede todavía en la América española.

Son enteramente opuestas la concepción del *curriculum* en los Estados Unidos y la concepción latino-americana, y la oposición se explica por diversidad de tradiciones intelectuales. Para los países llamados latinos, los pueblos de lenguas románicas, Francia ha dado, durante los últimos cien años, las normas principales de la vida intelectual. La norma francesa, en los planes de estudios, ha sido la organización enciclopédica: el estudiante que termina el bachillerato posee los elementos de todas las disciplinas esenciales en la cultura moderna. No hay discrepancia respecto del núcleo central de disciplinas esenciales, que son la lengua nativa, con su literatura, la geografía y la historia del mundo y de la nación, y las ciencias fundamentales, en orden lógico, desde las matemáticas hasta la biología, de acuerdo con las clasificaciones filosóficas del siglo XIX. Nuestras discrepancias ocurren generalmente en torno a las disciplinas filosóficas (definir cuáles y de qué carácter deben ser las que se incluyan en la enseñanza secundaria); las disciplinas estéticas (dibujo, música, historia de las artes), y las lenguas extrañas (primacía de las modernas o de las antiguas): pero cada una de estas ramas está representada, de algún modo, en los planes de estudios. Hay otras enseñanzas que van entrando gradualmente,—por ejemplo, los trabajos manuales, que a la vez son educación de los sentidos y tienen utilidad práctica; al admitirlas, se hace sin suprimir ninguna de las que son esenciales a la cultura general, según nosotros la concebimos.

Inglaterra, madre intelectual de los Estados Unidos, conservaba hasta ayer arcaicos planes de estudios, y todavía los conserva en instituciones especiales. Cuando los Estados Unidos comenzaron a abandonar la tradición pedagógica inglesa,—en la primera mitad del siglo XIX,—no pudieron libertarse totalmente del clásico pecado inglés de la falta de fundamentos lógicos y de coordinación en la enseñanza. Las cualidades salientes de la escuela norteamericana se hicieron visibles desde entonces: el propósito de difusión de la cultura, la eficacia viva del método, las posibilidades de aplicación; pero los planes de estudios no siempre ganaron en motivación lógica ni en coordinación filosófica.

Posteriormente,—no hace mucho,—el principio de la *libre elección*, de la especialización, de estudio, penetró en la pedagogía de los Estados Unidos, e invadió, no sólo los *colegios* de las Universidades,—donde parece admisible,—sino las escuelas secundarias, las *high schools*. Como cada Estado de la Unión, y a veces cada municipio, legisla respecto de sus propias escuelas, la *libre elección* de estudios ha hecho estragos en muchos lugares.

Comparemos sistemas. En Francia existen varios tipos de enseñanza secundaria, y cada estudiante escoge el suyo: pero cada tipo tiene su *curriculum* uniforme—salvo, quizás, ligeras alteraciones posibles en cada caso,—y no sólo uniforme, sino combinado de acuerdo con nociones precisas sobre la importancia de las diversas disciplinas y sobre las relaciones que entre ellas existen. En la mayoría de los Estados de la Unión Americana los tipos de enseñanza secundaria no tienen programas uniformes: al estudiante se le dan sólo líneas generales, y dentro de ellas debe él escoger, *como especialista*, las asignaturas que estime convenientes para su desarrollo intelectual y su posible ocupación futura. Como el estudiante de doce a quince años de edad no tiene nociones claras que lo guíen, su *libre elección*, aun con el consejo de sus padres y de las autoridades escolares, frecuentemente le lleva a errores. Es más: los consejos a menudo contribuyen al error. Y así, la pretendida *especialización* se convierte en educación incompleta y superficial.

Las líneas generales que se dan al estudiante son comunmente cuatro o cinco: lengua nativa, lenguas extranjeras (modernas o antiguas), matemáticas, ciencias físicas y naturales, historia. El alumno de *high school* está obligado a seguir cursos sobre la lengua inglesa,—aunque a menudo se queda sin el estudio de la literatura,—y cursos de matemáticas, que incluyen por lo menos el álgebra y la geometría. Tiene derecho a escoger la lengua

(1) Si no bastara el testimonio de los años que llevo en la vida universitaria.—la experiencia directa adquirida enseñando en tres de las Universidades mayores, Minnesota, California, Chicago, y observando de cerca la labor de otras, como Columbia y Johns Hopkins.—podría transcribir innumerables declaraciones que confirman el aserto. De sólo la revista *School and Society*, durante 1919, podría transcribir cien pasajes.

o lenguas que desee,—principio defendible, pero peligroso en la forma en que se practica, mediante la cual se permite abandonar el estudio de una lengua a poco de haberlo comenzado, a ensayar otra: naturalmente, así no se aprende ninguna de las dos,—o de las tres, porque bien pueden llegar a tres. (1) Tiene derecho también a escoger ¡oh asombro! la ciencia que quiera y la rama que quiera de la historia. Es decir que en el concepto de los pedagogos que formulan los planes, *lo mismo da* la física que la química o la biología, y *lo mismo* da la historia antigua que la media o la moderna. Es decir que da lo mismo conocer los elementos químicos que la ley de la gravitación, y se puede escoger ignorar la una cosa o la otra; que da lo mismo saber quién fué Cromwell o quién fué Pericles, y se puede escoger ignorar la significación de uno de ellos. (2) El absurdo de semejante modo de entender las ciencias y la historia saltaría a los ojos de cualquier educador francés, pongo por caso; sin embargo, es enorme el número de escuelas norteamericanas donde rige este *sistema*, o, mejor dicho, este desorden.

Se pensará que la universidad trate de corregir tales errores en los alumnos que recibe de la *high school*, puesto que en el *colegio* de tipo universitario es donde se completa el bachillerato y se recibe el título. (3)

Pero no: la Universidad pocas veces corrige nada, y a menudo añade motivos de desconcierto. Tales son las listas de requisitos de entrada.

Tomaré el ejemplo, asequible para todos, de la Universidad de Columbia, que es una de las cuatro—o de las cinco—más importantes del país. Para entrar al *colegio* de Columbia se exigen «15 unidades» que se distribuyen entre el idioma inglés y su literatura (3 unidades), las matemáticas (3 unidades) y dos campos de elección: uno de elección restringida (4 ó 5 unidades). Aquí comienza el absurdo. En el campo restringido, el estudiante puede presentar solamente *(a)* latín, o bien *(b)* una combinación que consiste en una lengua extranjera, la física o la química, y la historia—aquella rama que el estudiante conozca. Es difícil comprender el criterio pedagógico según el cual «cuatro unidades» de latín son *intercambiables* con «cinco unidades» de mescolanza (*una* lengua, *una* ciencia y *una* rama de la historia); pero ahí están los anuncios impresos para demostrar que semejante criterio existe. Y Columbia está lejos de ser la única institución que lo sustenta. (1)

Para el campo de elección libre, la Universidad da una lista extensa de materias. Resultado; es posible entrar al colegio de Columbia, cuando se escoge una *especialidad* en letras, con un bagage intelectual compuesto exclusivamente de matemáticas, lengua y literatura inglesas, latín, griego francés y la Biblia. ¡Las leyes de las ciencias físicas y naturales no son conocimientos necesarios! Durante los cuatro años de *college*, es verdad, hay instituciones que obligan al alumno a estudiar ciencia, aunque su especialidad sea en letras, historia o filosofía; pero, según la curiosa manera norteamericana de entender el conocimiento científico, se escoge *una* ciencia cualquiera. (2)

Ahí está, pués, el ejemplo peligroso. Y el peligro no es ilusorio. En varios países de la América española se hacen intentos de introducir las *especialidades* en la enseñanza secundaria, y urge evitar que su introducción, si no se contiene dentro de límites prudentes, nos lleve al pavoroso desorden que hace tantos estragos en las escuelas de los Estados Unidos.

El remedio, para nosotros, es sencillo: no perdamos de vista nuestra sana orientación latina, las tradiciones intelectuales que nos dieron el hábito de clasificar y coordinar los conocimientos, la noción clara de que cada disciplina esencial tiene su lugar necesario e insustituible en el programa de cultura que deben cumplir las escuelas.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(*La Reforma Social*, New York. Enero de 1920).

(1) He conocido *muchos* estudiantes de colegio universitario que, al iniciarse en la lengua castellana, habían ensayado ya otras tres (latín, francés y alemán) y no sabían ninguna, porque a todas les habían dedicado poco tiempo. En general, estos estudiantes acaban por perder todo interés en los idiomas, y no adquieren ni siquiera la aptitud de leerlos. Obligándolos a concentrar sus esfuerzos en el estudio de un solo idioma y prohibiéndoles ensayar uno nuevo mientras no dominen por lo menos la lectura del ya comenzado, se evitaría el enorme desperdicio que ahora se produce,

(2) Ejemplo curioso: una alumna universitaria que conocí estudiando historia de la literatura inglesa tropezaba con dificultades en la asignatura porque ignoraba los hechos fundamentales de la historia de Inglaterra. Su explicacióď era clara; en la *high schsool* sólo había estudiado historia de los Estados Unidos e historia de la antigüedad. Apenas hay alumno universitario que no se queje de deficiencias semejantes en su preparación.

(3) El bachillerato norteamericano, téngase presente, implica ocho años de estudios posteriores a la escuela primaria: cuatro en la *high school* y cuatro en el *college*.

(1) Columbia University, Bulletin of Information. Entrance examinations and admission, 1919-1920. V. las páginas 18 y 19.

(2) Al proceder así, los norteamericanos demuestran ser descendientes legítimos de los ingleses. Todavía en Inglaterra hay quienes crean que no existe cultura fuera del griego y del latín. En 1917, escribiendo en la *Fornightly Review* (si no recuerdo mal), Lord Bryce afirmaba que el conocimiento de las fórmulas químicas—la del agua, por ejemplo—es cosa para especialistas. Lord Bryce dice también, en su libro *South America*, que los hispanoamericanos somos poco intelectuales; probablemente, entre otras cosas, porque no siempre sabemos de memoria el Canto I de la *Iliada* en griego; pero los alumnos de nuestras escuelas secundarias saben muchas cosas que el ilustre escritor contempla desde lejos como especialidades abstrusas. He oído a Sir Gilbert Murray declarar que la mayoría de sus alumnos de griego en Oxford, no podrían explicar las razones astronómicas á que obedecen regulaciones del calendario como las de los años bisiestos. Así se explica que escritores contemporáneos, [illegible] *inglesa*, caigan, como Steven son, en el error de atribuir mil pies a los insectos (cuya característica es no tener más que seis), o, como Chesterton, en el absurdo de hablar del eje norte y el eje sur de la Tierra.

Hacia un efectivo panamericanismo

Alfonso B. Campos, Director de la Escuela de Comercio «J. L. Moreira», saluda muy atentamente a los señores García Monge y Cía., editores de REPERTORIO AMERICANO y se complace en obsequiarles con algunas publicaciones paraguayas. Y les anuncia que le será muy grato seguir remitiéndoles la Revista de la Escuela de Comercio y otras publicaciones. Alfonso B. Campos les ofrece su distinguida consideración.

Asunción, noviembre 8 de 1910.

LOS QUE VELAN

¿Qué hay de su tierruca? ¿Cómo quedó después de la tormenta tinoquista? ¿Muchas divisiones y odios? Ojalá que no, pues esa es la VERDADERA Y TERRIBLE RUINA DE UN PAÍS.

ALBERTO MASFERRER

AL MAESTRO, CUCHILLADA

CUENTO VIEJO

El siciliano Tisias era un maestro de retórica de tanto renombre como agudeza. Sabía todo lo que enseñó Quintiliano, y algo más. También sabía algo menos, porque no hubiera podido poner cátedra de adulación, como el romano. Era muy diserto, y disputaba como cualquier sofista, como un fraile ergotizante del siglo trece.

Tisias tenía escuela abierta, y colmada de alumnos, que pagaban en buenas dracmas sus lecciones ingeniosas.

Presentósele cierto día el joven Córax, y le preguntó:

—¿Qué me puedes enseñar de mayor precio?

—El arte de persuadir, le contestó incontinenti el maestro.

Pusieron manos a la obra, y el discípulo resultó un gerifalte. Si por entonces se hubieran usado las faltriqueras, habría podido decirse que llevaba en un bolsillo a Demóstenes y a Esquino en el otro.

Encantado con sus progresos, le dijo Tisias al cabo de algún tiempo:

—No tengo ya nada que enseñarte, es justo que me pagues mis lecciones.

—Pues no te debo nada.

Sorprendido el maestro, comienza a increparlo con vivacidad, exponiéndole todo lo que le había enseñado. Córax le replica con presteza, le arguye con fuego, y quiere probarle que nada le ha trasmitido de su doctrina.

—Te esfuerzas en vano, le grita Tisias indignado. No me persuades.

—Pues ya ves, le contesta Córax riéndose, que no me has enseñado el arte de persuadir.

Enrique José Varona

Vedado, 19 de junio, 1919.

(Universal, Habana. Setiembre, 1919.)

ASUNTOS MEXICANOS

Panamá, octubre 23 de 1919

Señor J. García Monge

San José, C. R.

Muy señor mío:

En mi carácter de Cónsul de los Estados Unidos Mexicanos, y, teniendo en consideración los sentimientos de solidaridad que hoy unen a las naciones hispanoamericanas, tengo el honor de enviar a usted, con la presente circular, varios ejemplares del folleto que contiene el informe que rinde ante las Cámaras Legislativas el C. Presidente de la República de México, don Venustiano Carranza, al renovarse el período constitucional, el día 1º de Septiembre próximo pasado.

La opinión pública de mi país verá con sumo beneplácito que el ilustrado criterio de usted y de los redactores del autorizado órgano de publicidad que usted dirige, o en que usted colabora, haga los comentarios que a bien tenga sobre la actual situación de México, especialmente en lo que atañe a nuestras relaciones internacionales que son el punto culminante del referido informe.

Agradeceré a usted, señor, que usted se digne enviarme, por cuenta de este Consulado, uno o varios ejemplares del número de la revista o del periódico en donde se trate de los asuntos mexicanos que a usted le despierten interés.

Con sentimientos de consideración y aprecio, me es grato suscribirme de usted obsecuente y atento seguro servidor,

Vicente Rendón Quijano
Cónsul de México

ANECDOTAS INFANTILES

Es posible hacer un anecdotario infantil costarricense, de suyo interesantísimo. Con la colaboración de maestros y de padres de familia, la cosa sería fácil. En prueba de ello, las anécdotas que publicamos ahora. Mándennos más cuantos observan y amen a los niños, que las publicaremos. Con anécdotas compuso Tolstoy, en la ancianidad, un breve y sugestivo libro: *La sabiduría infantil.*

FACTA NON VERBA

Tiene año y ocho meses. Sabe decir «no», pero no puede decir «sí».

La abuela le pregunta:

—Juan Bautista, ¿usted me quiere o no me quiere?

El niño no contesta, pero corre, echa los brazos y besa a la abuela.

DE ACTUALIDAD

Al despertar grita: «Viva Ulio Acota».

—Y qué es eso de Julio Acosta?

—Ulio Acota? Ulio Acota.... bombas.... tren... mucha gente!

MATINAL

Se levanta muy temprano; hace mucho frío; están en la mesa escogiendo frijoles y él mete las manos en el montón, luego las saca y dice: «Los frijoles tienen frío».

RAZONAMIENTO

Le pregunto.

—Qué te gusta más Heredia o aquí?

—Aquí.

—Pero en Heredia hay tren, hay aplananora y hay Banda.

Y él me contesta.

—Pero aquí hay Mamita, hay Tela (*) y hay güevitos.

RECUERDOS DE VIAJE

—Paco me trajo.

—¿De dónde?

—De Chan Coché y no chimé.

—¿Qué es eso de chimé?

—Chimé!

—Ah! ya entiendo, y ¿qué te ibas a chimar?

—El tulo!

RELIGION

—Mamita me enseñó a persinarme.

—Y como es eso?

—Pues se hace así... (hace la señal de la cruz).

—Y después?

—La primera en la frente, la otra en la boca y la otra en el estógamo.

Recogidas por José J. Salas Pérez,
padre amoroso, buen poeta y maestro de escuela.

(*) Tela: una tía que lo consiente mucho.

La sombra de la profesora

(A Juan Francisco Elguera).

Han pasado veinte años, y la visión de aquel alocado kindergarten, con directora francesa y esférica, con jaulas de canarios y chirloques en el patio de recreo, en cuyas esquinas se erguían macetas más grandes que las profesoras, la conservo latente en mi retina. Frente al colegio arreglado en un segundo piso con balcón colonial se extendían las paredes amplias, lisas y gualdas de un convento de monjas. Y en torno a las puertas del convento, coronadas por un Crucifijo de madera apolillada, se agrupaban todas las mañanas, fruteras de San Mateo y Matucana y franciscanos mendigos.

Reviven en mi memoria con emoción gozosa las pláticas que madame Cecil, la directora, nos dirigía a Andrés, camarada inseparable, y a mí, cuando, durante las clases, raptábamos naranjas, nísperos y fiambres de las cestas de las desprevenidas alumnas. Mi alegría de los cinco años halló entonces fraterna reciprocidad en el espíritu jocundo de Andrés, cuya mano era maestra, en reproducir sobre la inmensa pizarra de matemáticas la estatua ecuestre del libertador Bolívar. Y juntos cuando salíamos del colegio, cuya escalera de mármol salvábamos a trancos, o descolgábamos por los pasamanos, mientras los fámulos nos reñían nerviosos, nos deteníamos a tocar los timbres de las casas, a zaherir a los vendedores ambulantes, y a ponerles banderillas a los asiáticos. Entre el sendero accidentado, lleno de encrucijadas, que ha corrido alborotada mi vida, yo columbro, dorados por una amargura húmeda como amasados y corporizados con lágrimas, mi infancia y mi kindergarten. Y aquel colegio de madame Cecil, y aquel condiscípulo pintamonas, y aquellos pájaros que piaban incesantes, y aquellos coolís que nosotros aburríamos, huyendo por la calzada como granujas del arroyo, y aquella bodega de la esquina, de cuyos techos pendían lonjas de jamón siempre encedido, estriaron mi vida, y la huella, lejos de borrarse, permanece límpida y transparente.

Una tarde, sobre todo. Una tarde en que, habiendo volcado Andrés el tintero sobre la plana de vocales, la pasante Elisa vino a reprendernos.

—Hay que estar formales. Quietas esas manos.

Era fea Elisa con una fealdad áspera de terracota. Los ojos turbios con pestañas duras y gruesas, fuertes manos de marimacho, cuello interminable, trajes siempre serios y plomos.

Su voz rascaba como un cepillo; así de tartajosa e ingrata.

Le teníamos respeto y miedo. Cuando sus falanges caían como látigos sobre el pupitre, se helaban nuestras carpetas. Y bastaba que ella se irguiera de la silla como para avanzar hacia nosotros, para que nuestras miradas fugaran de los libros a los mapas, y de los mapas al vacío. Era obstinada como una sombra. En ratos de ocio procurábamos retratarla, con robustos lápices rojos, exagerándole desmesuradamente los ojos redondos y la boca larga de reptil. La odiabamos con tenacidad india.

Y bien, figuraos que una tarde, esa tarde imperecedera, después de la escena borrascosa de la reprimenda, llegaba Elisa hasta mí y, tomando mi cabeza entre sus manos, y oprimiéndola, me decía:

—¿Qué rostro más bonito el mío?... ¿Qué ojos como éstos?... Como una estampa, mira, como una estampa.

Loca estaba, sin duda.

Y se afirmaba en una lógica deslabazada tratando de convencerme de su hermosura imposible.

LA CLAVE DE MI VIDA...

Amor, cómo en tu onda me llega desde lejos
una fragancia conocida...!
Amor, entre las flores de los amores viejos,
reposa el ansia de mi vida...!

Impetu de azarosos instantes! Oh Dios mío,
así he perdido en el derroche
el inefable orgullo de verme todo mío
frente al engaño de la noche...!

Somos de ayer, y estamos clavados al futuro
como a una recia cruz sombría...
Amor, sólo te doy mi pobre canto obscuro
y mi dolorosa ironía.

Y que no vuelva a ser juguete del instante
en que he olvidado de mí mismo,
daba mi corazón, como un clàvel flagrante,
a todo viento de optimismo...

***

Tú, silenciosa y blanca, que desde lejos miras
este dolor que fué alegría remota;
que conoces la angustia de amorosas mentiras
y te es furtiva la derrota...

Onda de luz divina... Efluvio de consuelo...!
De un árbol de armonía extraordinario fruto...!
En tu frente inaudita halla su aurora el cielo
y la noche le hurta negrores a tu luto.

Tú, que llevas el halo, y que en blancas unciones
te das tan generosamente,
en esta atormentada sed de los corazones
sé, para el mío, agua de palestina fuente...

Tiende hacia mi naufragio tus manos salvadoras;
dame el calor de tu ternura
y el pan de tu palabra que, en festivales horas,
adormecían mi amargura...

Como quien siembra un árbol, arroja tus semillas
a la boca que abre mi surco doloroso;
que yo te espero de rodillas,
y tu siembra ha de ser la de un laurel glorioso...

Reduce el infinito y ponlo a tu mirada:
arráncale el hondo secreto...
Y pon savia de vida con tu vida sagrada
en el árbol que tiene flacuras de esqueleto...

Que tuya es la honda clara que viene desde lejos,
y tuya es la sutil fragancia conocida,
y tu imagen se asoma a todos los espejos
donde el destino enuncia la clave de mi vida...!

Agustín Acosta

Matanzas, Julio, de 1919.

(*El Fígaro*. Habana).

Yo temblaba azogado.

—Señorita... Señorita...

Nieve en mi cabello, nieve en mis sienes.

—Responde... responde...

Sus ojos, más cerca de los míos, redondos como nunca, tenían fiebres feroces. Y sus manos tenían agitaciones aciagas. Y su bata palpitaba. Y hasta sus orejas parecían tremar como abanicos.

El suelo, a mi vista, saltaba y se desbarataba epilépticamente.

Y siento con horror, en los labios y en las mejillas, siento como percuten aún los besos tontos de la pasante.

—Señorita... Señorita...

Y en tanto que el aire todo del mundo se reunía para soplarme en la cara, Elisa, la fiera pavorosa, se escondía, levantados, los hombros, la cara al suelo, tras su pupitre.

—No te asustes, pequeño; ¿por qué no he de besarte?..

En la tarde, cuando le refería el caso a Andrés, nos extremecíamos con convulsiones rasquiálgicas. Cosa rara: la pantera cariñosa como una buena señora.

Y no más fué perversa, porque cambió de carácter, y pasaron años, y crecí hasta hacerme hombre, y el colegio se acabó para siempre, y no he vuelto a ver a Elisa. Pero no sé por qué, al evocar su figura cruel y hosca, ahora que aquellos espantos por el castigo se esfumaron, surge en mi ánima una piedad resignada y triste.

GASTÓN ROGER

Ezequiel Balarezo Pinillos

(Perú).

Envío de don Enrique D. Tovar y R., Perú.

LA ESTIMACION EXTRANJERA

Panamá, 8 de diciembre de 1919.

Señor Ministro:

LA Secretaría de Instrucción Pública de Panamá tiene el propósito de estudiar detalladamente el Reglamento, el plan de estudios y los programas de las escuelas urbanas y rurales de ese país, con el fin de conocerlos y adoptar de ellos los puntos que más convengan al desarrollo educativo de la niñez panameña. Por tanto, muy encarecidamente ruego a usted que se sirva remitirme el Reglamento, el plan de estudios y los programas de las escuelas urbanas y rurales de esa nación.

Anticipando a usted las más expresivas gracias, me complazco en suscribirme de usted atento y seguro servidor,

Por el Secretario de Instrucción Pública,

JOSÉ D. CRESPO

Al Sr. Ministro de Instrucción Pública de la República de Costa Rica.

San José.

A LA MANERA DE PERRAULT...

ERASE una vez una bellísima hada que vivía en un palacio de cristal y que era servida por un cortejo de ninfas y ondinas, las más lindas de la comarca. Esta hada poseía todo lo que la fantasía de poetas y novelistas puede soñar: pedrerías maravillosas, trajes hechos de un rayo de sol y de un girón de nube, collares de perlas del tamaño de una nuez, perfumes traídos del oriente en camellos blancos, cofres de sándalo, aves de plumaje deslumbrador y voz casi humana, flores desconocidas y de una belleza y aroma exquisitos. Y a sus órdenes estaban todas las ninfas, ondinas, hadas y elfos del país que no tenían otra ocupación e idea que entretener con danzas y cantos a su reina y señora.

El poder de esta hada era ilimitado. Podía con su varita mágica convertir una flor en la más encantadora de las doncellas, hacer brotar una fuente cristalina y armoniosa del seno de la tierra o castigar a algún temerario que la hubiese disgustado haciendo caer sapos y culebras de su boca. Con una mirada hacía callar a las fieras que rugían y al golpe de su varilla los pajarillos entonaban el concierto más lindo que se puede uno imaginar.

Mas con todo su poder, sus riquezas y su belleza no era feliz el hada. Sentía que algo le faltaba y en vano su corazón buscaba satisfacción en la contemplación de sus pedrerías, collares y vestidos en las danzas y giros de las ninfas o en cambiar una rosa en una doncella o una hoja en una esmeralda. Ninguno de esos goces la satisfacían y para disipar su hastío, el hada se puso a viajar.

En un carro de diamantes, halado por dos leopardos, recorrió la inmensidad de los cielos y penetró a los abismos del mar. Mas al conocer las maravillas del océano y las bellezas del cielo, el hada se sintió más triste y con el alma angustiada y el corazón inquieto se dirigió a una aldea donde no vivían sino pobres labradores y modestos campesinos.

En la única plaza de la aldea bailaban al son de los violines, un grupo de mozos y doncellas. El hada—que para ver mejor se había vuelto invisible—vió a una linda muchacha, sencillamente vestida que bailaba con un arrogante y robusto joven que la miraba con vivísima ternura. La niña parecía radiante de felicidad y al concluir el baile ambos se alejaron y bajo un árbol del bosque cambiaron promesas de amor y ternura.

El hada—que los había seguido—sintió su corazón desfallecer al oir las dulces palabras de amor y envidió la dicha de la pobre campesina.

Comprendió lo que le faltaba para ser feliz y quiso con su varita mágica obtener el amor. Pero no fué obedecida esta vez y entonces dirigiéndose a la niña le ofreció su poder, su palacio, sus joyas, su belleza en cambio de la dicha de amar y ser amada. Mas la niña se negó a dejar su cabaña, sus prados y su pobreza y del brazo de su amado se alejó bajo la mirada envidiosa del hada que lloró y maldijo su palacio, sus riquezas y su cortejo de ninfas. Y rompiendo su varilla deseó el hada ser una pobre campesina para escuchar la canción dulcísima del amor...

MIRIAM

María Wiesse (Perú).

Envío de don Enrique D. Tovar y R.

UN OJO MAS EN EL PURISCAL

SECRETARÍA DE LA JUNTA DE EDUCACIÓN
— DE LA —
CIUDAD DE SANTIAGO DE PURISCAL

19 de diciembre de 1919

Sr. Director del REPERTORIO AMERICANO

San José

Señor de mi consideración:

LA Junta de Educación de esta ciudad, en artículo primero de sesión ordinaria celebrada el día veintiocho de abril último, acordó formar una biblioteca escolar para uso de los maestros, alumnos y particulares de buenas costumbres.

La Junta ansía, de un modo ferviente, que la biblioteca en cuestión sea un centro intelectual, una especie de escuela para generalizar entre adultos el mayor grado de cultura posible.

La aspiración de la Junta es justa y plausible. Si se toma en cuenta la importancia del cantón del Puriscal, como centro agrícola, como magnífica plaza comercial y como punto de incalculables riquezas naturales, es lógico esperar que los habitantes de la localidad pretendan alcanzar el más intenso acopio de preparación mental.

La Junta agradecerá a usted muy de veras el envío de cualquiera o cualesquiera libros, revistas o periódicos, y le ofrece, por pequeño que sea su contingente, el testimonio de su sincera gratitud, en su nombre y en el nombre de este pueblo.

Con toda consideración soy de usted muy atento y seguro servidor,

TEODORICO MUÑOZ M.

Y EL VIEJO LUCHADOR...

(A García Monge, en Costa Rica).

El viejo luchador está entre las rejas de la cárcel, como un león enjaulado. Lo ví la otra tarde, la melena absalónica, el semblante con toda la rebeldía de las injusticias sufridas, los ojos soñolientos de muchos sueños de venganza; y mientras él paseaba con las manos hundidas en los bolsillos, bajo la melancolía azul de la tarde. Yo creí haber visto su alma, y me acerqué a ella. ¿Por qué sufres luchador? le dije en silencio: «Por no tener mi alma al nivel de todas las bajezas que manchan la vida, por no conocer el precio de la venta, ni la ruindad de doblegarse ante los hombres; por no doblar la rodilla ni saber de las curvaturas donde anidan los reptiles; por que Islok y Tartufo sufrieron mi desprecio; porque fuí sincero en medio de las hipocresías, rebelde entre esclavos, digno en medio de las indignidades de la canalla; y cuando una vez se cruzaron por mi camino un hato de cobardes queriendo mancillarme, escribí mi dignidad con la sangre de un miserable», dijo el luchador, y temblaban sus manos como queriendo aprisionar las estrellas que dormían, como gacelas en el regazo de la tarde. Y mientras él se quedó pensativo, con la frente apoyada entre sus rudas manos. Yo salí maldiciendo a las leyes, porque ese luchador no tenía más crimen, que haber nacido león, entre canes roñosos y falderillos ruines...

LUIS VELAZCO ARAGÓN

(Envío del autor. Desde el Cuzco, Bolivia).

Los libros que acabamos de recibir

APRESURESE A COMPRARLOS

E. Gómez Carrillo: *La sonrisa de la esfinge*, 1 vol. rústica .... ¢ 2.50
Santo Tomás de Aquino: *De Regimine Principum* o *Gobierno Monárquico*, 1 vol. rústica......... 2.50
Juan Ramón Jiménez: *Poesías escogidas* (1899-1917), edición de lujo. 12.00
Azorín: *Castilla*, 1 vol. rústica..... 2.50
A. Binet y T. Simón: *La medida del desarrollo de la inteligencia en los niños*, 1 vol. rústica............ 2.25
Antonio Herrero: *Almafuerte*, su vida y su obra, 1 vol. rústica.... 2.25
Silverio Lanza: *Páginas escogidas e inéditas*, 1 vol. rústica.......... 2.25
Góngora: *Las mejores poesías*, 1 vol. rústica 1.25
Varios poetas españoles: *Villancicos de navidad y año nuevo*, 1 vol. rústica 1.00
R. Tagore: *Pájaros perdidos*, 1 vol. rústica 2.50
Eugenio de Castro: *La sombra del cuadrante*, 1 vol. rústica......... 2.00
José Ortega y Gasset, *El Espectador*, tomo II.................... 2.25
Azorín: Madrid, *Guía sentimental*, 1 vol. pasta..................... 1.25
Enrique Heine: *El cancionero*, 1 vol. rústica..................... 2.50
José Enrique Rodó: *El camino de Paros*, 1 vol. rústica...... ..... 2.50
Sófocles: *Electra*, 1 vol. rústica.... 3.00
Azorín: *El paisaje de España* visto por los españoles, 1 vol. rústica. 2.25
R. Tagore: *La cosecha* (poemas), 1 vol. rústica 2.50

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina—San José, Costa Rica